

EL HILO DE ARIADNA: EL SÍMBOLO. ENSAYO DE HERMENÉUTICA ANALÓGICA

Rebeca Maldonado

El Colegio de México-FFyL/UNAM

Resumen: Desde la hermenéutica analógica de Beuchot, el presente ensayo piensa los oficios del símbolo como un hilo de Ariadna que permite salir del laberinto de la modernidad. La vuelta hacia lo simbólico se plantea como una necesidad, después de siglos de dominio de una visión científico-técnica que ha sacado completamente al mundo visible los ídolos que habitaban en los sueños de la razón moderna. Esos ídolos son sustentadores del narcisismo y soportan el autocentramiento. Por el contrario, el símbolo nos hace ver la totalidad, nos ofrece una ubicación en el todo, nos recuerda nuestra condición humana, despierta el pensamiento y nos une a los otros.

“El símbolo era como el hilo de Ariadna en medio del laberinto, para encontrar la salida, para ir a algún destino. El símbolo, pues, congregaba a la gente, la hacía reconocerse, la reunía (lo opuesto del símbolo es diábolo, que es desunión, desencuentro y extravío)”¹.

Mauricio Beuchot

La crisis de la modernidad es la crisis de lo simbólico. En los extremos de esta crisis resulta paradójico que el pensamiento de Hans Blumentberg, Mauricio Beuchot, Manfred Frank, Paul Ricoeur, Kolakowski, esté dirigido en su esencia a hablar de la actualidad y la urgencia de lo simbólico². Incluso un

¹ Mauricio BEUCHOT, “Hacia una hermenéutica analógica-icónica del símbolo”, en Liliana WEINBERG (ed), *Ensayo, simbolismo y campo cultural*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2003, p. 185.

² Cfr: “en estos precisos momentos, dicha necesidad mítica se encuentra en todo su esplendor”. (Manfred FRANK, *El dios venidero*, Madrid, Del Serbal, 1994, p. 77)

autor como Sloterdijk sostiene que las esferas que los seres humanos crean entre sí, viven mientras son capaces de “colocar sobre sí, [...], cielos semióti- cos propios de los que les lleguen inspiraciones comunes caracterizadoras”³. Cuanto menos están los seres humanos dispuestos a crear y alimentarse unos a otros de lo simbólico común, lugar de donde dimana toda inspiración posi- ble, menos posibilidad de intimidad, calentamiento y protección y, menor posibilidad de duración de su esfera. Así, al hablar Sloterdijk del proceso de autoinspiración y autocreación de una esfera, piensa en procesos etnopoéticos, como cantos, ritos, música, e incluso lecturas; pero será la religión la que pro- ducirá en los pueblos “efectos de animación atmosférica perdurables”⁴. La duración de pueblos, culturas y vínculos dependerá de procesos etnopoéticos. Y, finalmente, los seres humanos, si logran sobrevivir, lo harán gracias a darse unos a otros el alimento simbólico que unos y otros necesitamos para vivir.

La hermenéutica analógica de Mauricio Beuchot constituye en uno de sus círculos una reflexión sobre las posibilidades de lo simbólico, las mismas que se enuncian y se desarrollan en su libro *Las caras del símbolo: el icono y el ídolo* y hacia el final de su libro *Tratado de hermenéutica analógica*. Según Beuchot, el símbolo, además de dar orientación, ser lugar de paso, reubicar en el mundo y, finalmente, unir con otros, da qué pensar y qué vivir, a pesar de su levedad y precariedad. Por todas estas razones, el símbolo se revela como el hilo de Ariadna que permite salir del laberinto de la modernidad. Dice Beuchot: “Una metafísica que tome en cuenta el símbolo será capaz de rescatar al hom- bre del sinsentido, le dará sentido, más allá de la benéfica experiencia del nihilismo”⁵.

La hermenéutica analógica opera desde un contexto de redefinición de la razón. Si se entiende la crisis de la modernidad como una crisis de la razón y de sus valores, repensar la razón a fondo muestra una voluntad de ir más allá de los poderes lógicos, de la pretensión de un fundamento único y absoluto, del deseo de totalidad, hasta dar con los poderes simbolizadores y metafori- zadores de la razón. Para Beuchot, la razón sin dichos poderes es una razón coja; sin metáforas y sin símbolos, nos quedamos sin posibilidad de reinser- ción en el mundo, de descubrir sentidos, de encontrar la plenitud a pesar de la fragmentariedad. Sin todo eso nos dejó el racionalismo y la Ilustración, al dictaminar en la cumbre del racionalismo ilustrado que el pasado está com- puesto por un conjunto de errores, supersticiones y prejuicios cuyo funda- mento son las comparaciones absurdas o la economía del lenguaje, es decir, la

³ Peter SLOTERDIJK, *Esferas I*, Madrid, Siruela-Biblioteca de Ensayo, 2003, p. 62.

⁴ Ibid., p. 63. Dice Sloterdijk: “Si no consigue mantener en marcha su proceso de autoinspira- ción, ningún pueblo subsiste en su propio proceso generacional ni en la concurrencia con otros. Lo que aquí se designa como inspiración autógena, hablando con mayor frialdad, el *continuum* de las técnicas climáticas etnosféricas [...] gracias a tales juegos formales, que pro- ducen una sensibilidad general muy oportuna, los muchos aunados encuentran siempre argumentos para su deber estar juntos incluso bajo condiciones adversas.” (Ibid., p. 62).

⁵ Mauricio BEUCHOT, “Hacia una hermenéutica...”, p. 182.

metáfora y el símbolo. El lenguaje figurado para el racionalismo constituye la fuente de los errores⁶. La hermenéutica analógica, además de constituir una reflexión sobre la falta de símbolos de nuestra época, buscará frente a los excesos del univocismo y del equivocismo "...una visión más holística del pensar, de la razón como no sola, sino acompañada [...] para que no engendre sus monstruos"⁷. Ésta es la racionalidad analógica. Beuchot, asistido por Peirce y Wittgenstein, entre otros, al recurrir a la iconicidad del lenguaje, manifiesta su poder creador, el cual se despliega en símbolo, en metáfora y en parábola, ampliando así el concepto de razón hacia una razón analógica. De esta manera, como veremos, la razón mediante analogías desencadena un efecto de tracción en el espíritu que las fórmulas imperativas y conceptuales no pueden ofrecer. La hermenéutica de Beuchot nos ofrece la vía analógica como factible. El tratamiento que hace este filósofo de lo simbólico inaugura una comprensión del efecto vital de los símbolos en la vida humana. El hilo de Ariadna de lo simbólico seguido en cada uno de sus tramos es en su totalidad un impulso, un movimiento, que está destinado a insuflar al alma de sentido, de pensamiento, de orientación y darnos en suma un lugar en el mundo. La analogía es el gozne en que decir y mostrar son al mismo tiempo. La modernidad, en un sentido opuesto, abrió un abismo entre el mundo visible y el mundo suprasensible, entre lo condicionado y lo incondicionado, lo limitado y lo ilimitado; Mauricio Beuchot, partiendo de la analogía, encuentra en el símbolo un punto de unión de las escisiones, rupturas, fracturas abiertas por la modernidad en el ser del hombre. Podríamos decir que para Beuchot nuestra condición menguada, fragmentaria y nuestra inmortal aspiración a la totalidad –tal y como es presentada por Platón en *El banquete*–, se hace efectiva en la realización simbólica; en cambio, cualquier otra forma de discurso exige pruebas, demostración y comprobación. En la racionalidad analógica propuesta por Beuchot en la unidad indisoluble entre concepto e imagen, al ser el concepto imagen y la imagen concepto, el símbolo se prueba a sí mismo.

⁶ Dice Voltaire: "...al leer cualquier historia, mantengámonos en guardia contra toda fábula", VOLTAIRE, *Filosofía de la historia*, Madrid, Tecnos, 2001, p. 61. "San Pablo dice a los Corintios, queriendo convencerlos de la resurrección: «Insensatos, ¿no sabéis que el grano debe morir para vivificarse?». Hoy sabemos bien que el grano no se pudre ni muere en la tierra para brotar; si se pudriese no brotaría; pero entonces estaban en ese error, y el Espíritu Santo se dignaba sacar de él comparaciones útiles. Es lo que San Jerónimo denomina hablar por economía" (Ibid., p. 236). Por su parte, Turgot señala "una analogía imperfecta o remota dio nacimiento a esas metáforas absurdas [...] que repugnan al gusto, de las que se hallan repletas las primeras lenguas y cuyos vestigios descubren hoy los etimologistas en las más cultivadas" (TURGOT, *Cuadro filosófico de los progresos sucesivos del espíritu humano*, México, FCE, 1998, p. 69).

⁷ Mauricio BEUCHOT, *Las caras del símbolo: el ícono y el ídolo*, Madrid, Caparrós Editores, 1999, p. 15.

EL GOZNE DE LA EXPERIENCIA SIMBÓLICA: LA ANALOGÍA

La hermenéutica analógica aporta una vía de acceso a la comprensión del efecto vital del símbolo: la analogía. La analogía, vía la metáfora y la metonimia, la univocidad y la equivocidad, crea un espacio para desplegar el pensamiento, el cual, a pesar de lo sesgada y lejana (metafórico) que pueda ser la atribución, permite expresar y dar sentido a la experiencia humana. “La analogía es el modo de significar intermedio entre la univocidad y la equivocidad, es decir, entre lo completamente claro y distinto y lo completamente relativo e inconmensurable”⁸. De este modo, el procedimiento analógico en un sentido preserva el significado anterior y, en otro, lo enriquece; en un sentido conserva lo familiar y, en otro, lo hace aparecer con un nuevo rostro. Lo equívoco se crea desde lo unívoco, lo unívoco desde lo equívoco. Por esta juntura entre lo lejano y lo cercano, entre lo unívoco y lo equívoco, lo conmensurable y lo inconmensurable, la analogía adquiere en el símbolo-ícono (como lo llama Beuchot) el poder de hacer transitar de lo sensible y material y limitado a lo desconocido, conceptual e ilimitado⁹.

La literatura aportará innumerables ejemplos de este tránsito de lo sensible a lo espiritual por medio de imágenes, tránsito que puede acontecer no sólo desde la experiencia de plenitud, sino incluso en aquellas experiencias de horror, incertidumbre y destrucción de nuestros afanes. El tránsito de lo sensible a lo espiritual mediante la analogía indica simplemente la posibilidad de comprensión más allá del signo –positivo o negativo– de nuestras circunstancias. La elaboración de nuestra experiencia mediante analogías indica simplemente una elaboración de nuestra condición en el seno del mundo. La literatura encuentra la experiencia privilegiada que habla de la situación del hombre en el seno del mundo y que le permite a su vez pasar de la narración de la experiencia particular en un mismo movimiento a lo general. Joseph Conrad, en su oficio de primer mando de una embarcación en el Extremo Oriente, atestigua la situación de soledad sin límite del hombre moderno: “Él estaba solo, yo solo, cada uno solo en su puesto. Igualmente, habíase borrado toda forma: arboladura, velas, aparejo, batayola, todo se había desvanecido en la horrible densidad de aquella noche oscura”¹⁰. Joseph Conrad, en *La línea de sombra*, aporta así analogías fundamentales que permitan leer la experiencia contemporánea del mundo. Baste un segundo ejemplo: “¿No obedece bien el timón? –pregunté, irritado, al hombre, cuyas morenas manos, crispadas sobre la rueda, se destacaban luminosas sobre un fondo de tinieblas, como un símbolo de los esfuerzos del hombre por dirigir su propio destino–”¹¹. Lo vivificante de la experiencia simbólica del mundo ocurre no por-

⁸ Ibid., p. 9.

⁹ Leemos en las *Caras del símbolo...*: “...el símbolo hace pasar de lo conocido a lo desconocido, de lo sensible a lo conceptual, de lo material a lo espiritual” (Ibid, p. 10).

¹⁰ Joseph CONRAD, *La línea de sombra*, Madrid, Cátedra, 1998, p. 178.

¹¹ Ibid., p. 144.

que sea maravillosa o porque nos aleje de lo ominoso o aciago de la existencia, sino porque pese a la oscuridad, nos permite comprender, porque a final de cuentas dicha experiencia es acceso a la claridad. Mientras Paul Ricoeur afirma *el símbolo da qué pensar*¹², Mauricio Beuchot nos dice *el símbolo da qué vivir*¹³. La hermenéutica analógica, desde una comprensión del poder de la analogía, accede a la dimensión vital y vivificante del símbolo como potencia más alta de nuestra razón analógica. El destino de la razón en el extremo de nuestras experiencias es crear analogías. Si la analogía es un ser limítrofe entre la semejanza y la diferencia, entre la univocidad y la equivocidad, el símbolo es "el cumplimiento de la analogicidad; es la realización de la analogía"¹⁴. Beuchot, al señalar que el símbolo permite pasar del fragmento al todo o pasar al cielo en cuerpo y en alma, da con la realización simbólica propiamente dicha. En la realización simbólica el ser humano encuentra un signo que conduce de la parte al todo, del fragmento a la totalidad. A través de la experiencia simbólica, el ser humano se inserta de nueva cuenta en el mundo. Insertarse de nuevo en la totalidad a través de lo finito, limitado y fragmentario produce el efecto vivificante al que conlleva toda realización simbólica.

SITUARSE EN EL MUNDO, MEDIANTE SÍMBOLOS

María Zambrano piensa que la metáfora es reminiscencia de tiempos anteriores a que la razón entrara en escena¹⁵. Pienso más bien, siguiendo a Beuchot, que el símbolo, al conducir de la parte al todo, produce una experiencia de totalidad, que da la impresión de alcanzar todos y cada uno de los tiempos y, por eso mismo, como piensa Ricoeur, los "símbolos cuentan la situación del ser del hombre en el ser del mundo"¹⁶. Es decir, la experiencia simbólica manifiesta el ser del hombre en relación esencial con el mundo, no de una manera contingente, insustancial o arbitraria. Así, *El simposio* de Platón, a través de símbolos, muestra el lugar del ser humano en el seno del mundo con respecto al amor, como el *Gilgamesh* con respecto a la muerte. Ambas narraciones nos recuerdan lo que hemos olvidado en medio de las formas embrutecedoras y muertas de relacionarnos con los otros, lanzándonos a una comprensión más originaria. En la experiencia simbólica no hay una experiencia de desgajamiento de la humanidad. En el símbolo y en el mito se muestra nuestro destino común. Por eso, piensa Beuchot que el "símbolo crea un espacio de paso, un lugar que es de nadie y que es de todos"¹⁷ y, para decirlo

¹² Paul RICOEUR, *Finitud y culpabilidad*, Madrid, Taurus, 1983, p. 490.

¹³ Mauricio BEUCHOT, "Hacia una hermenéutica...", p. 184.

¹⁴ *Ibid.*, p. 177.

¹⁵ "Y es también la supervivencia de algo anterior al pensamiento, huella de un sagrado, y por tanto, una forma de continuidad con tiempos y mentalidades ya idas, cosa tan necesaria en una cultura racionalista" (María ZAMBRANO, *Hacia un saber sobre el alma*, Buenos Aires, Losada, 1950, p. 42.)

¹⁶ Paul RICOEUR, o.c., p. 498.

¹⁷ Mauricio BEUCHOT, "Hacia una hermenéutica...", p. 178.

casi kantianamente, el símbolo crea un espacio de comunicabilidad universal. En él estamos todos, como en el lenguaje del arte estamos todos. En los símbolos estamos cada uno de nosotros íntegramente, es decir, en nuestra condición no escindida recuperándonos de manera esencial con respecto al amor, la muerte, la amistad, la solidaridad, el trabajo, el pensamiento, etc., y, refiriéndose, a pesar de la perspectiva, a la vida totalmente.

EL CARÁCTER VIVIFICANTE DEL SÍMBOLO

...el símbolo da qué vivir, Tal vez porque da vida antes que pensamiento, o porque lo hace al mismo tiempo, al unísono¹⁸.

Beuchot hace ver más, al expresar que el símbolo “es el claroscuro, lo que queda más en silencio, en secreto, cobijado en el misterio. Nos hace tocar, ver, y no sólo pensar, imaginar; pero es un tocar con cierta lejanía, o, en todo caso, cuando uno cree apresar aquel objeto que así es presentado, en su realidad viva y palpitante, se nos desvanece, se escapa, nos deja con la sensación de que se nos quedó siendo mucho más”¹⁹. Kant interpreta este fenómeno al cual alude Beuchot, esto es, el hecho de que *el símbolo se nos queda siendo mucho más*. Para Kant, la riqueza del símbolo y su poder enriquecedor proviene del poder de descubrir a partir de una representación un gran número de representaciones afines. Podríamos decir, el poder del símbolo radica en generar (ya que es fuente y en ese sentido fundamento) de manera constante, indefinida y sin conclusión, descubrimientos analógicos. Por este motivo, el símbolo tiene por función “vivificar el alma” o producir “un sentimiento que vivifica las facultades de conocer”, como piensa Kant, y en ese sentido viene a ofrecer un sustento a la existencia²⁰. Tenemos un motivo kantiano para afirmar simplemente que *el símbolo da*. La riqueza y la plenitud de sentido del símbolo alimentan el pensamiento y la vida, producen un efecto vivificante. Por eso, si Beuchot afirma que el símbolo da qué vivir o Ricoeur piensa que el símbolo da qué pensar, ninguno de los dos se equivoca. En ambos pensadores el símbolo se enuncia como fuente y como sustento, en un caso del pensamiento y en otro de la vida. La plenitud y sobreplenitud del símbolo hacen del símbolo verdadera fuente y sustento. Esto es, el símbolo precisamente vivifica porque se nos queda siendo mucho más, porque no deja ver completamente, porque sólo entreve y vislumbra, como piensa Beuchot.

¹⁸ Ibid., p. 184

¹⁹ Ibid.

²⁰ I. KANT, *Crítica del Juicio*, Madrid, Espasa Calpe-Colección Austral, 1997, p. 274.

EL SÍMBOLO ORIENTA: LA SABIDURÍA DEL SÍMBOLO

Pero ¿qué consecuencias tiene que el símbolo apenas vislumbre o entrevea? Que el símbolo no impone formas de pensar ni de vivir, más bien sugiere dirección y orientación. Así, si el símbolo es algo, es una guía interpretativa que aparece cuando la razón en su urgencia de ver da con la imagen que, como un imán, tira íntegramente la vida hacia un sentido.

Lo que de propio tiene el símbolo es dar sentido, a veces con un gozo muy especial, a veces con un desgarramiento doloroso. Pero el ícono, pero la imagen analógica da sentido, orienta la intencionalidad del camino, conduce a la meta. Da una meta a la cual aspirar. Es en parte utópico y en parte realista, es en parte escatológico y en parte presencial, es el “ya, pero todavía no”, alimenta la espera²¹.

La orientación analógica “vía el símbolo” permite situarse en el mundo, y por eso es importante escuchar de nuevo a P. Ricoeur cuando dice que el símbolo es *índice* de “la situación en que se halla el hombre en el corazón del ser en el que se mueve, existe y quiere”²². Es decir, el símbolo es índice, indicación, orientación en el corazón del mundo. El ícono-símbolo aporta el sentido. El símbolo da la clave “del situarse en el mundo como un asiento de afecto, de gozo, de apreciación de lo que se pueda alcanzar en él de verdadero y de valioso. Ese sentido [...] lo da el símbolo, que es objeto de saberes más modestos, como el mito, la metáfora”²³. Pero de ahí depende, piensa Beuchot, “lo que se puede alcanzar de sabiduría”.

DESDE LA PARTE Y EL FRAGMENTO AL TODO... DE LA MONUMENTALIDAD DE LA RAZÓN A LA MODESTIA Y LA SOBRIEDAD.

El ídolo es perversión del ícono; se da cuando caemos en la adoración orgullosa de nuestras propias obras, sean materiales o conceptuales, como las imágenes o conceptos. Mas, si mantenemos la advertencia de lo limitado que es esta imagen, a tal punto que se queda en su carácter de símbolo, esto es, de mediador de lo visible a lo invisible, de lo sensorial a lo conceptual, de lo material a lo espiritual, y sólo con ese carácter de mediador, no sucumbiremos a la tentación de erigirlo como ídolo. Conservará su condición de ícono, que es humilde y servicial, lo cual es indispensable para llegar a lo que se puede alcanzar de sabiduría²⁴.

Contrario a la satisfacción y hartazgo provenientes de los caminos abiertos por la modernidad, por ejemplo la satisfacción en el consumo o en el dominio incondicionado del ente, encontramos que la hermenéutica analógica-simbólica abre formas más volátiles, humildes y evanescentes de exis-

²¹ Mauricio BEUCHOT, *Las caras del símbolo...*, p. 70.

²² Paul RICOEUR, o.c., p. 497.

²³ Mauricio BEUCHOT, *Las caras del símbolo...*, p. 63.

²⁴ Ibid.

tencia, y, por lo mismo, reclama un ejercicio de sobriedad y de modestia. Después de renunciar a un fundamento absoluto e incondicionado, a aquello que aspiraba la monumentalidad de la razón moderna, la hermenéutica analógica se resigna con lo pequeño, limitado y finito, para encontrar desde ahí el sentido. “El ícono es un análogo, y nada más, pero también nada menos”²⁵. El símbolo da con el sentido, a pesar de su aparente insignificancia o nimiedad. En la película iraní *Barán* de Majid Majidí, Latif, en la nimiedad de un prendedor olvidado por Barán, de quien estaba enamorado, reavivará el momento vivo con sólo contemplar su cabello suspendido del prendedor. En otro momento, Latif encontrará sentido en la huella del pie de la muchacha en la tierra húmeda. Gracias a la realización simbólica, podrá verse la huella de una ausencia y, a su vez, el todo. Perdida esta capacidad, nos quedamos sin nada. La experiencia simbólica está precedida por la humildad, la modestia y la sutileza, pues son ellas las que nos hacen ver el resto, la parte, lo nimio, lo borroso e incluso lo aparentemente insignificante, para, desde ahí, pasar al todo. De este modo, la experiencia simbólica presentada por Beuchot constituye un límite a nuestras pretensiones narcisistas de omnipotencia. El símbolo, piensa Beuchot, “nunca da un conocimiento pleno o exhaustivo, sino siempre aproximado y con borrosidades, claroscuro y analógico [...]; cuando uno cree apresar aquel objeto que así le está presentado, en su realidad viva y palpitante, se nos desvanece, se escapa, nos deja con la sensación de que se nos quedó siendo mucho más”²⁶. Cualquier acercamiento a la experiencia simbólica “exige más una interpretación receptiva, pasiva, que impositiva, activa. Se requiere que el símbolo nos hable, más que el que nosotros le hablemos. [...] Si no habla no dice nada”²⁷. El símbolo nos llama a debilitar hasta el extremo la razón univocista y monumental que marcha exclusivamente con hipótesis, que se encajona en la disyunción y en los argumentos contrapuestos, que piensa cosas importantes y notables hasta hacer emerger en la simplicidad y sencillez del objeto el sentido.

EL SÍMBOLO UNE, EL ÍDOLO SEPARA

Todo quiere dároslo a vosotros el nuevo ídolo, si vosotros lo adoráis: por ello se compra el brillo de vuestra virtud y la mirada de vuestros ojos orgullosos.

Nietzsche²⁸

Beuchot piensa que así como el símbolo “era una parte que, pegada a otra, conformaba un objeto”²⁹, de la misma manera, el símbolo une, propicia el

²⁵ Ibid., p. 71.

²⁶ Mauricio BEUCHOT, *Tratado de hermenéutica analógica*, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Itaca, 2000, p. 188.

²⁷ Ibid., p. 191.

²⁸ F. NIETZSCHE, *Así habló Zaratustra*, Madrid, Alianza Editorial, 1985, p. 83.

²⁹ Mauricio BEUCHOT, *Tratado de...*, p. 190.

encuentro y la vinculación. La realización simbólica, además de reinsertarnos en el mundo, dar sentido, ubicarnos en la totalidad, hacernos encontrar en la parte el todo, posibilita la reunión y la unión. El pensamiento de Beuchot nos permite comprender que la crisis de la modernidad es una crisis de lo simbólico y que se manifiesta en el dominio del ídolo. En ella, los ídolos ejercen un efecto desintegrador al ser alimento sólo del narcisismo del individuo y de sus ideales de omnipotencia. "El ídolo es la imagen mala, nacida de *hybris*, soberbia o narcisismo del hombre", dice Beuchot³⁰. En otro lugar afirma: "el ídolo es un espejo, nos devuelve la mirada, nos hace vernos a nosotros mismos, de manera narcisista"³¹. En cambio el símbolo abrirá el acceso al otro, pues al ser búsqueda de semejanza y correspondencias, convoca la mirada y ayuda a ver. Por eso, el ídolo es como un espejo, que al devolver la mirada y hacer vernos narcisísticamente sólo a nosotros mismos, impide ver; al pretender ser unívoco, se vuelve equívoco. Los ídolos son irremediabilmente falsos, reproducen el equívoco y hacen creer que son verdad por referir exclusivamente al deseo de autosatisfacción y omnipotencia (seducción, poder, fama, dinero) que encarnan. Originándose en el obsesivo deseo de omnipotencia, los ídolos jamás nos abrirán al otro, jamás darán a luz vida generosa.

"El símbolo recoge y manifiesta el impulso de la vida, y por ello, si se toma en cuenta, puede inyectar a la filosofía esa vida que le falta"³². El símbolo es penuria de la modernidad e indigencia del tiempo. El pensamiento de Beuchot se encuentra en el corazón de esta problemática y es un intento de vivificar la entraña simbólica del lenguaje, pues de ahí depende que la vida se vuelva generosa. Toda la vida tiene que pasar por el símbolo para poder vivir. Beuchot nos enseña a ver que el poder del ídolo está acompañado por un deceso de lo simbólico en el pensamiento y en la vida humana. Piensa Nietzsche que el ídolo todo pretende dar y llenar y cuando pretendemos encontrar el fundamento de la vida en el poder, el prestigio, las cosas y, en general, en el consumo, la vida también se consume. El consumo degenera la vida y nos oculta nuestro poder creador. En medio del deceso de lo simbólico asistimos a la adoración de los ídolos y Beuchot nos recuerda: el símbolo da qué vivir. No son las cosas, no es el entretenimiento, no es la moda lo que permite vivir, sino el símbolo. Esta época tiene que realizar un descenso al poder creador del lenguaje y por eso la hermenéutica cumple una tarea fundamental, tiene que arrastrar el eje de la existencia desde las cosas hasta el lenguaje y su poder creador, tiene que volver a hacer gravitar la vida en el lenguaje y desde los símbolos. Tal vez la juntura entre el alma y el cuerpo que tanto buscó Descartes sea el lenguaje. Si el lenguaje, si el decir poético y el diálogo vivifican la existencia es porque en el lenguaje penetra lo visible, porque lo visible al penetrar el lenguaje se junta con lo invisible y, al formarse ahí el

³⁰ Mauricio BEUCHOT, *Las caras del símbolo...*, p. 65.

³¹ *Ibid.*, p. 68.

³² Mauricio BEUCHOT, *Tratado de...*, p. 194.

símbolo, se fecunda el corazón, hace aparecer vida nueva, transformada. El símbolo hace aparecer la vida con toda su profundidad y espesura. El poder icónico-simbólico del lenguaje es una fuente de la que proceden todos los manantiales que hacen posible la existencia y la vuelven vivible. El poder del símbolo es alimentar el alma, ser fuente y sustento, contribuir de esta manera a la única realización posible de los hablantes: la simbólica.